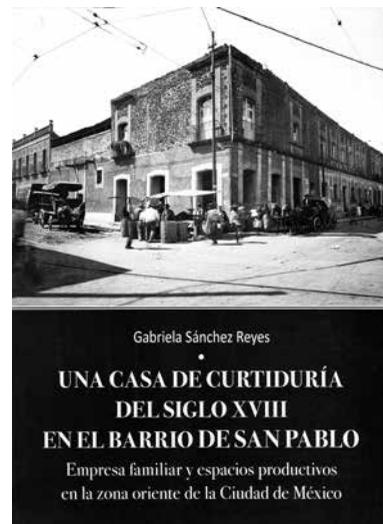


**Gabriela Sánchez Reyes,**  
*Una casa de curtiduría del siglo XVIII en el barrio de San Pablo. Empresa familiar y espacios productivos en la zona oriente de la Ciudad de México,*  
 México, INAH, 2019

**José Gustavo Becerril Montero\***



| 141

La más reciente publicación de Gabriela Sánchez Reyes recupera la historia de una casa ubicada en las antiguas Callejón de la Danza, hoy Tlalavera, y calle Puente Colorado, hoy República del Salvador, conocida como Casa Tlalavera, en el barrio de La Merced, al oriente del Centro Histórico de la Ciudad de México. La familia Arizavalo, dueña de la propiedad y parte de la élite de criadores y tratantes de carnero de la capital,

define el uso gremial, comercial y habitacional de la finca y le da su perfil histórico a un inmueble dentro del antiguo barrio de curtidores.

En fechas recientes se ha comenzado a abordar la historia de los objetos y de los artefactos como parte de la historia material; a pesar de que la arquitectura queda excluida se han historiado algunos edificios, siendo los palacios y los castillos los más abordados, aunque algunos otros, como nos indica la autora, quedan fuera del interés del estudioso porque no cuentan con el “atractivo

necesario” para que se narre su historia; “atractivo” que yo traduciría como “no contamos con las fuentes organizadas y concentradas en pocos archivos”, lo que obliga al investigador a realizar una ardua labor de búsqueda de fuentes para reconstruir la historia de cualquier inmueble que todavía esté en pie en esta ciudad. Esto propicia que la historia de un edificio o su entorno quede supeditado a la habilidad del historiador para utilizar todos los recursos metodológicos y las herramientas necesarias, aunque provengan de diferen-

\* Coordinación Nacional de Monumentos Históricos, INAH.

tes disciplinas, para llevar a cabo su labor investigativa.

Este libro es un ejemplo de lo anterior y el resultado es la recuperación de los acontecimientos de una edificación que aún sobrevive en el Centro Histórico de la Ciudad de México. No sólo es la recuperación de los hechos soportada por fuentes históricas diferentes a las utilizadas anteriormente, sino que también nos muestra por qué no la podemos considerar una “casa señorial”, sino más bien una “casa de curtiduría”, convirtiéndola en un ejemplo único de la arquitectura industrial del siglo XVIII.

Ante la “ausencia” de estudios en México sobre el tema, la autora recurre a la historiografía francesa para cumplir con el objetivo de “dar a conocer la arquitectura de una casa de curtiduría edificada en el siglo XVIII en la Ciudad de México”. Pero además de analizar los espacios productivos, vinculó el proceso productivo con un estudio documental exhaustivo, identificando su función así como conocer su programa arquitectónico específico.

En este sentido, el corpus del trabajo considera tres apartados:

- 1) El primero es un análisis historiográfico conocido como Centro Cultural Casa Talavera, de la que surge la historia de una casa palaciega perteneciente al marqués de Aguayo y presenta su argumentación del por qué es una casa de curtiduría.
- 2) La estructura familiar de los dueños de la propiedad ocupa el segundo capítulo. En éste se identifica que los Arizavalo formaban parte de la élite de comerciantes de ganado y de carne de la Ciudad de México, y analiza el barrio de San Pablo, asociado a varias actividades manufactureras como la curtiduría.
- 3) Expone la tipología arquitectónica de la curtiduría, objeto de su estudio, y su relación con el barrio de San Pablo, para finalmente, adentrarse en el proceso productivo del curtido y su relación con el programa arquitectónico del edificio virreinal, no sin realizar,

antes, un último esfuerzo mediante el recuento de los últimos propietarios registrados hasta el siglo XX, por lo cual, conoceremos no sólo sus nombres sino que también se dará cuenta del aspecto económico del barrio de San Pablo.

Gabriela Sánchez Reyes encuentra una confusa y poco sustentada identificación del inmueble denominado Casa del Marqués de San Miguel de Aguayo, cuando en 1931 obtuvo la Declaratoria como Monumento Histórico, y cuando en 1939 aparece en un compendio de monumentos históricos de la República Mexicana.

Por la interpretación arqueológica realizada en 1985 y por los hallazgos de lo que se pensó era un horno “de cerámica de un antiguo taller de loza, así como un batán con pila de agua y un molino con sus seis pequeños pozos de teñido de telas”, se creyó que era un antiguo taller de cerámica.

La autora haría su argumentación desde la perspectiva histórica y sería mediante la

identificación de la nomenclatura antigua que logra la identificación de la familia Arizavalo, y posteriormente encuentra el documento del arquitecto José del Mazo Avilés donde aparece el avalúo de “la casa de trato de curtiduría”. Esto debió cotejarse con información del barrio de San Pablo para explicar la relación del edificio con el barrio del gremio de curtidores.

La fortaleza de esta investigación procede de los documentos históricos que aportan información inédita sobre la función y el origen del edificio, pero yo agregaría también el rigor académico con el que la autora reconoce el entorno del inmueble y busca las fuentes que sustenten una lectura diferente de su objeto de estudio, al mismo tiempo que la contrasta con la tipología arquitectónica, con los vestigios de carácter productivo y con el perfil empresarial del propietario del inmueble.

La red de parentesco que formula Gabriela Sánchez le permite relacionar a la familia Arizavalo con la élite de criadores y tratantes de la carne. Al mismo tiempo rescata la

estrategia de las elites comerciales por lograr el control de la producción, la transformación y la venta, para tener el control de la cadena productiva: la cría de ganado, la venta de carne y la manufactura de pieles curtidas.

Una vez que la autora teje la red de parentesco comercial, ejemplo de muchas otras familias que ya se están investigando, o al menos deberían estar investigando, sus esfuerzos se encaminan a la identificación de los espacios de producción de la casa de curtiduría. Por ejemplo, el agua como fuente principal para diferentes pasos del proceso productivo, entre ellos, el repetido lavado de pieles y el uso de cal. Al mismo tiempo, identifica el proceso productivo con la técnica “apelambrar con cal”, la cual establece a partir de la existencia de tinas (también llamadas noques o fosas con tapas) localizadas durante la investigación arqueológica y que se confirma con la descripción de 1797. Esta tipología arquitectónica, de tinas o noques, es lo que especifica precisamente “el curtido” y la

que define la arquitectura de las curtidurías.

Finalmente, debo destacar tres elementos del presente estudio: el primero está relacionado con la reconstrucción histórica de un espacio de producción, y de su contexto productivo, acompañado de un aparato crítico riguroso que complementa los trabajos de arqueología que se llevaron a cabo en el sitio para cambiar el paradigma de un edificio denominado “casa-palacio” por el de “casa de curtiduría”. Y en este mismo sentido, demostrar que no se requieren grandes fondos documentales para escribir la historia de un suceso, una persona o un inmueble.

El segundo destaca la labor de la autora al tomar un tema que no es de su ámbito de estudio y demostrar que una investigación bien llevada nos permite abordar casi cualquier tema que nos propongamos.

El tercero, aportar a la historiografía de la arquitectura de la producción o “espacios productivos”, como ella señala, los antecedentes que identifican a la Ciudad de México

como una localidad con tradición manufacturera, que se mantendrá, con rasgos muy definidos, hasta entrado el siglo XIX.

*Una casa de curtidería del siglo XVIII en el barrio de San Pablo. Empresa familiar y espacios productivos en la zona oriente de la Ciudad de México es un libro imperdible para los*

interesados en reconocer los inmuebles que contaron con un pasado industrial y que aún se conservan sin identificar en varias ciudades del país.

